

Antonio de Ciudad Real

“Del hospedaje que el alcaide de la isla hizo por orden del virrey a los seis frailes que enviaban a España; dicese algo del virrey y de lo mucho que el padre Ponce anduvo en la Nueva España”

p. 405-407

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

tóle en el hospital, donde ya había posado otras dos veces; hízosele mucha caridad todo el tiempo que allí estuvo, que fue hasta la partida de la flota en la cual salió para España, como adelante se dirá.

[CAPÍTULO CLXXIII]

Del hospedaje que el alcaide de la isla hizo por orden del virrey a los seis frailes que enviaban a España; dicese algo del virrey y de lo mucho que el padre Ponce anduvo en la Nueva España

Pocos días después que el padre fray Alonso Ponce llegó a la isla de San Juan de Ulúa, como dicho es, llegaron también a la banda de Buitrón los seis religiosos que enviaba a España el padre comisario general, y sabida su llegada por el alcaide y por el vicario de la isla, pasaron luego allá, y los recibieron con mucho aplauso y les dieron muy bien de comer; luego los pasaron el matalotaje y hatos, que no era poco ni de despreciar, andando el mismo alcaide solicitando quien lo pasase. Pasó después [a] los frailes y hospedólos no lejos del hospital, en una casa grande que él había hecho para sí, sobre la misma mar, y en ella les tenía seis camas muy ricamente aderezadas, con paños y cortinas de seda, y hasta que se embarcaron les dio muy espléndidamente de comer; todo por orden y mandado del virrey, que, según se dijo, le había escrito que los hospedase y tratase como a su misma persona. Cosa bien notada y no poco murmurada de toda la gente de la isla y flota, viendo que a frailes que se habían rebelado contra su prelado, y hecho tantos y tales desconciertos, que por ellos los enviaban desterrados y en son de presos a España, hiciesen semejante honra, y que el mismo prelado estuviese allí a la puerta en el hospital, y que, como a pobre que era, le diese el mismo hospital cama y de comer; pero desta suerte van las cosas del mundo, y iban en aquel tiempo en aquella tierra, tan distante y apartada de su rey, donde forzosamente han de sobrar agravios. Allí a donde posaban los fue una vez a ver el padre Ponce, y encontrando en el camino con dos dellos, que eran fray Antonio de Salazar y fray Pedro de San Sebastián, los saludó y habló, y ellos a él en presencia de muchos seculares. Otra vez los iba a ver a todos, y llegando cerca de su casa le salió al encuentro el alcaide, y metiendo pláticas le atajó el camino y estorbó la visita, dándole a entender que ellos no gustaban de que los visitase, y así no entró dentro. Los mismos fray Pedro de San Sebastián y Salazar, estando absente el padre Ponce, fueron

al hospital, y encontrando con él a la puerta cuando salían, y siendo dél saludados, le saludaron diciendo que venían de ver los enfermos; que aún no quisieron perder su entereza, ni tener término de policía, pues no poco cumplieran con decir que le iban a ver. A éstos, y a sus aliados y secuaces, favoreció el virrey ayudándolos, y siendo su fautor, contra su prelado legítimo, en su rebelión, desobediencia y pertinacia, en deshonor e infamia de nuestra orden, y a éstos pretendía honrar aún, yendo ya desterrados por sus culpas, publicando él y ellos que habían salido con la suya, pues habían quitado el oficio al padre Ponce y llevádole sucesor; y si ellos, y el que tanto a su instancia persiguió al dicho padre Ponce, se holgaron mucho de verle sin oficio, mucho más se holgó él de verse libre de carga tan pesada y mala de llevar. Mucho padeció en su gobierno por hacer su oficio conforme a su obligación, y por no sujetar la orden a seglares, de los cuales si ella es gobernada no puede tener sino la confusión y afrenta que por este mismo respecto tuvo la provincia del Santo Evangelio, como atrás queda visto algo dello. Visitó todas sus provincias personalmente: la de México, la de Michoacán, Guatemala, Nicaragua y Yucatán, y en todas fue obedecido y respetado, amado y querido, y concluyó sus visitas, excepto en la de México en la cual sucedió lo que queda referido. Anduvo por tierra desde que se desembarcó en el puerto de San Juan de Ulúa, cuando fue de España, hasta volver al mismo puerto de vuelta para su provincia, muchas leguas, que por buena cuenta (no contadas a bulto, sino por menudo las que hay de un pueblo a otro y de otro a otro, como en esta relación van referidas) llegan a dos mil y quinientas y cincuenta y siete leguas de caminos muy malos y pasos muy peligrosos, metiendo en ellas veinte y tantas que navegó por el Mar del sur, volviendo de Nicaragua a Guatemala; y para que mejor se entienda esta cuenta, repartirse ha en siete partidas por el orden siguiente:

Desde el puerto de San Juan de Ulúa hasta llegar a México, anduvo setenta leguas	70
En la ida desde México a Guadalajara, y vuelta al mismo México, por el camino que llevó, anduvo doscientas	200
En dos vueltas que dio en la provincia del Santo Evangelio, y en la visita della hasta volver a México cuando la acabó, trescientas y ochenta y siete	387
En la ida desde México a Guatemala y Nicaragua, y visita de Guatemala y vuelta por Chiapa, hasta el convento de Tehuacán, de la provincia de México, anduvo ochocientas y cincuenta y una..	851



En ir desde Tehuacán a Michoacán, y visitar aquella provincia, y volver a México, y ir desde allí a San Juan de Ulúa, seiscientas y ochenta leguas	680
En la visita de la provincia de Yucatán, hasta que últimamente llegó a Campeche, cuando se embarcó para la de México, anduvo doscientas y diez y siete	217
En ir desde el puerto de San Juan de Ulúa hasta Xuchimilco, y volver al mismo puerto por el camino que fue y volvió, ciento cincuenta y dos leguas	152
TOTAL	2,557

De manera que suman y montan todas estas leguas las sobredichas dos mil y quinientas cincuenta y siete, sin las cuales anduvo por mar las que hay desde San Juan de Ulúa a La Habana, que a la cuenta ordinaria son trescientas, aunque cuando él las anduvo pasaron, según decía el piloto que le llevó, de seiscientas por las muchas vueltas que dio la barca con la tormenta, y por arribar como arribó a Campeche. Desde La Habana al Río de Lagartos anduvo otras ciento y veinte, y desde Campeche hasta San Juan de Ulúa pocas menos de ciento; y en todos estos caminos por mar y por tierra, pasó muy grandes trabajos y fuertes persecuciones, como queda visto. Puédese creer piadosamente que el virrey pensó que acertaba en estos negocios, y que le movió buen celo y devoción que tenía a nuestra orden, por la cual entendía que pugnaba desfavoreciendo al prelado general, y impidiéndole la ejecución de su oficio, y ayudando a fray Pedro de San Sebastián y a sus difinidores y allegados; mas con todo esto, dicen los que algo entienden que, aunque más queramos excusar al virrey con el mundo, no seremos bastantes a excusarle delante de Dios, que no admite lisonjas ni paliaciones y sabe lo que en este caso pasó y el camino que los frailes llevaron hasta ganar las voluntades del virrey y de su mujer, y aun por cuál caminaron él y ella en este negocio; cuanto más que no es cosa nueva errar el hombre cuando se mete en oficio ajeno, y en gobernar, ordenar y regir familias y repúblicas que no están a su cargo. Pero dejemos esto y volvamos a la isla a ver si se apresta la flota; mas primero será bien decir lo que sucedió en el río de la Veracruz por este tiempo.